

—Este ha sido vuestro error. Que quien no descansa de cuerpo, es bueno mientras este no se lo exige, pero es preciso descansar de espíritu y de corazón en un lecho de verdad, y en un baño de caridad. Sin esto, se vuelve uno loco, y los locos son siempre temibles.

—¿Esto quiere decir que tengo razón diciendo: que nadie puede amarme no siendo yo amable?

—¿Porque me ocultareis la verdad, puesto que es útil? Volveos amable y conoceréis entonces la dicha de ser amada.

—¡Sin embargo, existe ese pobre Tonino que me ama tal cual soy, vos lo habéis dicho!

—Y lo repito; pero os ama con el instinto, y vos no se lo teneis en cuenta, puesto que le teneis desconsolado.

—Es verdad, tiene solo un algo más que la amistad de un buen perro. El afecto que yo he soñado en otros tiempos, era en realidad más completo y más elevado que esto. Pero, he renunciado viendo que no puedo inspirarlo.

—No debéis renunciar. Modificaos.

—¿Es esto posible?

—Indudablemente, estando uno persuadido de que le hace falta.

—Lo estoy ahora; y tanto es así, que lo probaré.

Y se marchó corriendo, desapareciendo enseguida entre las vertientes del descenso.

## XIV

**U**n cuarto de hora después, al volver ya al recodo de unas rocas, donde se creía sin duda, al abrigo de toda mirada. Estaba apoyándose en una de aquellas rocas perpendiculares, en actitud meditabunda y desalentada. Su vestido rojo y blanco destacaba vivamente sobre el fondo verdoso, y su airosa figura parecía el hada de la gracia; pero al parecer de súbito que me había visto, precipitose bruscamente por las quebradas. Ya no la ví más.

No me había dicho ciertamente la verdadera causa de su pesar; en el supuesto de que su carácter era delicadísimo, no me había atrevido á interrogarla. ¿A qué atribuir aquella súbita necesidad de un espíritu altivo, sino á una necesidad de amor combatida por largo tiempo? Advertí una cosa evidentemente cierta, y es que yo no le había dicho una palabra de lo que debía decirle para conducirla á una expansión que la hubiera calmado. No había estado sino como cualquier razonador pedante, cuando debiera haber sido un bueno y paternal amigo



que arrancase de su corazón el secreto de alguna pasión oculta que se lo torturaba. El objeto de aquella pasión no era ninguna de las personas que yo veía en el *Diablerette*; pero Felicia salía con frecuencia á vender por sí misma ganados y frutos, y podía y debía conocer á alguien que le hubiese parecido digno de ella y que no le hubiere dicho una palabra, ó que no le perdonase su pasado.

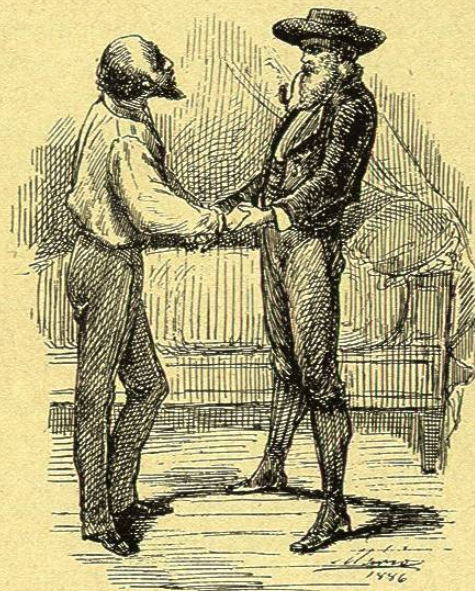
No sé por qué he sentido siempre una repugnancia invencible para interrogar á nadie. Será tal vez un sentimiento altivo que me impide violar ó sorprender la confianza que yo creo que se me debe. Y luego que entre un hombre y una mujer, cuando media una gran diferencia de edad, pareceme que son las preguntas una especie de atentado á la castidad. Yo respetaba á Felicia, y me decía que si ella hubiese tenido algún secreto que confiarme, ella únicamente era quien debía dar el tono á la nota de que había yo de servirme para contestarle.

En conclusion, aquella pobre jóven, que reverdecía á la ternura sintiendo, sin duda, una imperiosa necesidad, me hizo reflexionar que debía yo estar para lo sucesivo menos *sermoneador* y menos áspero, si volvía ella á consultarme nuevamente.

No volvió, es cierto, y yo no he sabido por qué me abstuve durante ocho días más de bajar á la casa. Es verdad que no tenía ni aun el pretexto de ir á por víveres. Tonino se anticipaba á todos mis deseos. Subía casi todas las mañanas. Decíame yo á veces que debía hacer que me interesaba por Felicia; pero estaba detenido por una especie de irresolución miedosa. No me atrevía tampoco á pedir noticias suyas á Tonino de una manera especial. El era muy expansivo, y hubiera podido decirme tal vez cosas que yo no debía ni quería saber por él;

pero estaba escrito sin duda que la verdad llegaría hasta mí de una manera brutal á pesar de todos los cuidados que yo ponía para no afrontarla.

Juan subió inesperadamente al Chalet, y cogiéndome por ambas manos:



—Por qué, dijo, ¿no volveis á casa? Vuestros estudios aquí han terminado, lo sé, y lo veo sobre todo en lo que lleváis escrito en este gran volumen. ¿Es que preferís vivir solo á estar con los amigos?

—Amo la soledad, respondió; tengo frecuentemente nece-



sidad de ella; pero amo aún más á los amigos, y volveré por lo tanto á vuestra casa dentro unos días, á menos que necesiteis de mí en seguida.

—Pues bien, sí; tenemos necesidad de vos ahora mismo; mi hermana está desmejorándose.

—¿Ha enfermado?

—Sí, y es preciso que seais su médico.

—Pero yo no entiendo una palabra de medicina, amigo mio; ¿creeis, por ventura, que soy universal?

—Vos entendeis de todo lo que es bueno, y debéis saber, por lo tanto, qué palabras son necesarias á la curacion de un alma enferma.

Vamos á ver, vos no sois un niño, vos no sois sordo ni ciego. No habreis pues estado hasta ahora en nuestra compañía sin descubrir que mi hermana os ama?

Y como yo le contemplase estupefacto, dijo luego riéndose cordialmente á carcajadas:

—¿Os parece que me he equivocado, y que lo ignorabais?

—Pero vos soñais, amigo mio, exclamé: ¡tengo veinte años más que vuestra hermana!

—Esto sí que no lo creo: todos estamos persuadidos de que gustais de poneros diez años encima; pero vuestro porte, vuestra agilidad, vuestras fuerzas, vuestra jovialidad y vuestros cabellos completamente negros, están probando á todas luces que no quieren serviros de cómplices. Vos tendreis unos cuarenta años á todo tirar, M. Sylvestre; ¡yo soy mayor que vos á lo menos en cinco inviernos!

Jurele por mi honor que iba á cumplir los cuarenta y nueve años.

Está bien, me es igual, repuso Morgeron; nunca tiene uno más edad de la que manifiesta en su semblante y porte. Mi hermana os ama tal como sois y yo le doy la razon. Vamos á ver y no os hagais el modesto; ella es todavía jóven y bonita,

posee doscientos mil francos, y los hijos que haya en matrimonio heredarán otro tanto que yo les dejaré, porque yo no he de casarme jamás. Ella cometió una falta, ya lo sabeis, pero es más digna de compasion que de vituperio; la ha reparado completamente, y vos sois filósofo. Sé que le habeis dicho que la hallabais digna de aprecio y consideracion. No cerreis pues los ojos, su corazon os pertenece, es un corazon que vale mucho, difícilmente encontrariais otro igual.

Sé que sois viudo, vos lo habeis dicho; estais pues libre de todo compromiso, pues segun habeis manifestado tambien, estais dispuesto á fijar vuestra residencia á nuestro lado donde; desde que estais aquí, no habeis recibido carta alguna. Vais á hacer vuestra felicidad, creedme. Vos no teneis el carácter para envejecer solo; no sois ambicioso como yo; os hacen falta los cuidados y atenciones de la amistad. Decid sí, y os doy un abrazo capaz de ahogaros, porque, creedlo, voy á estar orgulloso de tener un hermano que valga lo que vos, que, arruinado y todo como estais, lo recibiremos ambos á grande honor, ya lo sabeis.

Quedéme reducido á un estado tal de estupor, mezclado de tristeza y miedo, que, á pesar de mis cumplimientos por la amistad de mi franquísimo huésped, no se escapó por cierto á su penetracion.

—¡Hola! es decir, repuso Morgeron, ¿que me estais contestando con afectuosa bondad, pero la cosa no os hace gracia? Lo veo perfectamente.

—Es verdad, le respondí. De cuantas previsiones puedo yo aceptar con relacion á mi nuevo porvenir, es la del matrimonio la única que no se me ha ocurrido, tan lejos está de mi futuro, de mis inclinaciones y de mis pensamientos. He sido muy desgraciado por parte de mi familia; puede que haya algo de culpa mia, puesto que fuí débil; pero me he corregido bien poco, si me he corregido. El carácter de vuestra hermana, que



es todo generosidad, asusta el mío. Habeis dicho que nadie tiene otra edad que la que manifiesta su cuerpo y su semblante; ¡os habeis equivocado, amigo mío! Todos llevamos la edad en nuestro corazón, en nuestra experiencia y en nuestra fé. Soy demasiado experimentado para creer en mí, y no siento en mi alma el menor entusiasmo de aquel que, durante la juventud, nos empuja á lo desconocido. En fin, no estoy enamorado de vuestra hermana, y la razón no menos que el amor, dejan de aconsejarme que le consagre una existencia destrozada, y que tengo mucho que hacer para volver á juntar sus maltrechos restos.

—Si fuese así, no insistiría más, repuso Juan; pero no estoy bien seguro de que veais claro en vos mismo. Os pido pues que á fin de reflexionar, volvais de nuevo á casa, donde podreis mirar y observar á mi hermana más de lo que lo habeis hecho todavía, y entonces resultareis tal vez enamorado, ahora que estais enterado de que teneis derecho á ello. Desde su desgracia, que no ha cuidado jamás de ocultar á nadie, Felicia ha enamorado á más de uno, y, si hubiese querido, yo sé de partidos ventajosos que no dejarían de presentarse aún; pero ella es muy poco enamoradiza, y difícilmente encuentra quien le caiga en gracia. No sé sino de vos, que sea ella capaz de inclinarse delante de alguien, como delante de un superior. Yo sé perfectamente que ella puede ser y es muy apreciable á pesar de sus defectos, y creo imposible que á la larga ó á la corta deje de agradaros.

Espero que no vais á separaros de nosotros por lo que acabo de deciros.

—Estaba tentado de ello, mi querido huésped, porque temo representar un papel harto ridículo, si no desairado.

—No; podeis aparentar con toda seguridad que nada sabeis, ni nada habeis adivinado. Si mi hermana sospechara mi indiscreción, estoy seguro que se enfurecería, hasta el extremo

de irse de casa! Es muy altiva, demasiado altiva tal vez. No creais que se os adelante jamás. No es tampoco, como sabeis, una niña, y si vé que no la amais, lo que ya piensa y cree, ahogará su disgusto haciéndosele superior, cuéstele lo que le cueste. Es fuerte y valerosa como diez hombres, y en cuanto á despecho, tiene ella el alma demasiado elevada, para saber lo que es. Volved pues á casa nuevamente, y dentro ocho días volveremos á ocuparnos de eso. Siempre se deben, cuando menos, á una persona que nos ama, unos días de reflexión y exámen.

Debí prometérselo, pero antes de dejar á Morgeron, quise saber si su hermana le habia confiado sus sentimientos, ó si habia sido simplemente una suposición más ó menos fundada hecha por él.

No es un sueño, ni mucho menos, dijo; pero no es tampoco una confidencia directa. Antes que Felicia se decidiese á confesar que ama á alguien, ella que hace quince años se ríe del amor ajeno y lo desprecia, dejaría que se le arrancase el corazón del pecho.

—Pero entonces, ¿como sabeis?

—Lo sé porque lo sabe Tonino, y me lo ha dicho.

—¡Tonino! ¿le ha tomado por confidente?

—¡Oh, no; en manera alguna! pero él lee en ella como en un libro. Este chico es más ladino que nosotros; sabe también lo que ella piensa, como que dice lo que tiene más lejos del pensamiento.

—¿Y por qué ha revelado Tonino el pensamiento que ha creído sorprenderle?

—Porque la ama como á su madre y quiere que ella sea dichosa.

—¿Luego, todo lo que me habeis dicho y propuesto, no descansa sino en una hipótesis nacida en el cerebro de este niño? Pues bien, siendo malicioso como él es, creo que puede



equivocarse y tomar por certezas las fantasías de sus propios celos.

—¿Le creéis celoso de su madre adoptiva?

—¡Por qué no! ¿no lo son los hijos verdaderos de las caricias de sus madres?

—Es posible; ¡los mismos perros lo son también de sus amos! Médor se enfada conmigo cuando me ve acariciar mi caballo; pero los celos de los niños se ahogan en la amistad. De todos modos vuestra reflexión no deja de ser acertada; Tonino puede estar soñando. Regresad pues, y podreis apreciar lo que haya de verdad por vuestra parte, mientras yo observaré también por la mía.

Ibase Morgeron, y volvió luego para decirme por fin, después de varias reticencias:

—¿Pero vos regresareis mañana? ¡Me lo habeis prometido; me lo habeis jurado!

Juan estaba visiblemente inquieto por las consecuencias de su precipitación. El buen hombre se había creído que no había nada más sencillo que casarse con su hermana, y que, optimista emprendedor como era, no tenía la menor duda de que fuese este el medio de tenerme siempre junto a él. Al adivinar lo contrario, echábase en cara el haber hablado, tanto, que ya hacía un cuarto de hora que estaba bajando, cuando volvió a subir para decirme:

—He reflexionado, y creo que, en verdad, habeis acertado con la verdad. Es el *muchacho* este quien habrá inventado aquello para saber lo que pueda haber en ello de cierto, y lo que yo opino.

—Decidle que está soñando, respondíle, y obrad en consecuencia hasta nueva orden.

## XV

**Q**UEDÉME sumergido en un mar de reflexiones dolorosas. Mis quince días de soledad en las sublimes regiones del ventisquero, me habían devuelto a mis aficiones salvajes. Las personas inofensivas que, como yo, no han debido vencer al destino, es decir, quebrantar la voluntad de los demás, no encontrando consuelo más que en sí mismos, esto es, en el sentimiento de su propia delicadeza. La lucha fué terrible, como la de todo deber que va acompañado de su recompensa; tenía una gran necesidad de descanso. Yo que había luchado veinte años y más, no podía estar tranquilo ni ser dueño de mí al terminar dos estaciones, y en el momento en que echado sobre mi cama de brezo, no aspiraba sino a ver brillar la luna al través de las rendijas del chalet y a respirar los perfumes del desierto, se me venía a ofrecer como empezar de nuevo la existencia social, reanudando mis lazos, consagrándome otra vez yo, víctima consagrada y sangrienta, a la obra imposible de la dicha agena.

Yo creía aún que Tonino había alegado lo falso para saber lo verdadero; pero mi memoria se revelaba, y todas las palabras, todas las reticencias, todas las rudezas, todos los agasa-

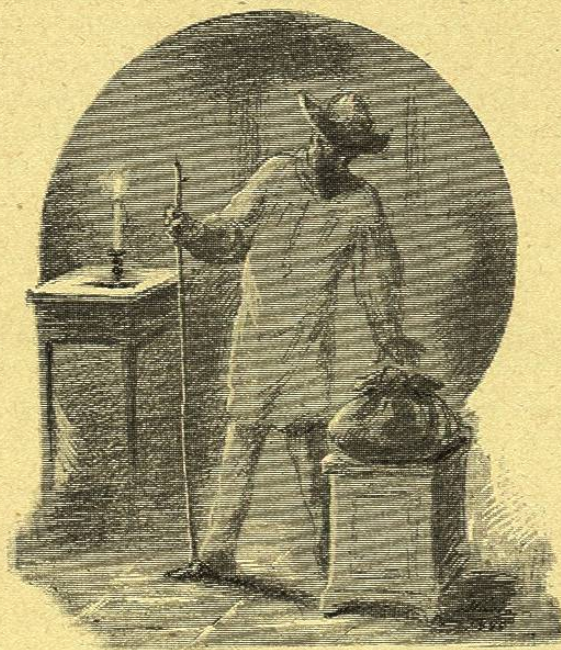


jos, todas las miradas particulares y particulares contrastes de aquella jóven tan especial, se me presentaban á la vista con su explicacion propia. El misterio que habia torturado mi exámen psicológico se disipaba con la evidencia, y me sentía mortalmente turbado, puesto que era yo todavía un hombre en la fuerza de la edad. Yo no habia, puede decirse, gastado mi sistema nervioso; ningun exceso habia debilitado mi sangre; mi corazon herido habia experimentado grandes sufrimientos sin enfriarse; no habia en mí, de viejo, más que la experiencia y la reflexion. Me sentia capaz de amar sin duda; pero yo no amaba á Felicia y temia llegar á desearla.

En la edad de las pasiones no se hacen, en verdad, ciertas distinciones peligrosas; nos decimos, ó mejor, sentimos que amar y desear es ordinariamente lo mismo, confuso interiormente en nosotros, pero poderoso é invencible, á menos que sea uno tan fuerte como útil y oportuno. Cuando contamos ya cerca de medio siglo, es imposible que no distingamos en nosotros las atracciones de los sentidos de nuestro corazon. Yo admiraba en Felicia la energía y las virtudes efectivas de una naturaleza excepcional; pero su espíritu no encerraba encanto alguno para mí. Era demasiado sensible y demasiado agena á mi modo de ser. Parecíame henchido de contratiempos y, ¡habia yo soportado ya tantos!

Tres veces durante aquella noche, llegué á tomar mi hatillo y mi baston de viaje para huir á la otra parte de la montaña. Mi juramento me detenía, y luego, era yo entonces más necesario que nunca á los trabajos emprendidos por Morgeron, porque se acercaba el momento de practicar lo más esencial, no podia, bajo ningun concepto, huir la responsabilidad que

habia asumido. Podia hacerlo todo, menos dejar abandonado á mi amigo á sus propias fuerzas.



Dejé pues el alegre chalet con el corazon apenado; Tonino desde el alba, habia acudido para ayudarme á levantar el campo.

Encontré á Felicia muy engalanada, por ser dia de fiesta solemne. Habíase vestido un rico y pintoresco traje de montañesa que le habia visto ya llevar otra vez, y que recuerdo haberle dicho que deberia llevar siempre. Estaba verdaderamente encantadora, tanto como pueda serlo una mujer bella, de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



mirada melancólica y sonrisa desdeñosa; porque sin gracia é irradiación en el semblante, no existe la belleza atractiva.

Recibióme Felicia con la misma cortesía, nada exagerada, de otras veces, sirviéndome el almuerzo con las mismas atenciones, y sin mezclarse apenas en la conversacion como acostumbraba; solamente noté que se abstenia de interrumpir la de los demás con las observaciones mordaces, que solia lanzar como de pasada, y luego cuando al sentarse á los postres empezaban á tirarse chinias con su hermano sin darse punto de reposo con igual puntería.

—¿Sabed, me dijo Juan delante de ella, que está muy cambiada nuestra burguesa? Ignoro qué clase de moral le explicaríais, un día que dijo haber subido al *Bolo*; pero es lo cierto que, desde entonces, no nos ha contradicho ni regañado una sola vez: ¿teneis por oficio sermonear mujeres?

Respondí que no me lo permitiría.

—Efectivamente, interrumpió Tonino con sencillez; ella dijo que la habíais regañado.

—¿Y en que estas metiendo tu la pata? dijo Juan con su grande y retumbante voz; no es contigo con quien se habla. Anda, anda á ver hácia la cuadra; las vacas mugen de sed hace una hora, y el vaquero está en misa.

Era esta la primera vez que Juan daba órdenes á Tonino estando Felicia delante. Creí pues conocer que no le habia hecho ella encargo alguno, y hasta parecia que iba él perdiendo su acostumbrada actividad. No demostró tampoco asustarse por el tono de Juan, y salió sonriendo y sin apresurarse. Fuéme pues, imposible, sorprender el menor despecho ó la menor inquietud en el ademan de Tonino.

Como yo siguiese su salida con la vista, encontré en un anti-

guo é historiado espejo colgado sobre la puerta, la mirada de Felicia. ¡Ay, su mirada! y la expresion de su fisonomía me enagenaron, doblando mi alma bajo la fuerza de la suya, como la brizna de la yerba al soplo del huracan.

Volvió ella precipitadamente los ojos, yéndose á buscar la cafetera á la cocina; pero en su pálida frente se habia encendido un fuego súbito, dentro de cuya irradiación apareció transfigurada.

Sorprendido y resuelto á no manifestar nada absolutamente, evitaba ó procuraba evitar nuevos encuentros. Hacia ella lo propio; pero este trabajo que ambos nos tomábamos, no daba otro resultado que la frecuente é inevitable repetición de lo que queríamos evitar, gracias á la doble corriente magnética que nos envolvía. Bajo el imperio del amor, Felicia aparecía de súbito ¡divinamente hermosa; el mármol se habia hecho mujer. El temor cariñoso, el pudor, la pasión comprimida, la sumisión, el abandono de su altivez personal, la tierna humildad, la dulzura, el encanto profundo al cual nada resiste, todas las debilidades y todas las fuerzas de la mujer estaban reunidas en ella, y no soy yo de los hombres que razonan y resisten cuando estoy bajo el influjo de semejante irradiación celeste.

Yo veía entonces á Felicia por primera vez, como no la habia visto ni presentido jamás, y su aliento llenaba para mí la atmósfera donde yo respiraba, por primera vez, los perfumes de la vida celestial.

El roce de sus flotantes trenzas, cuando se inclinaba hácia mí para servirme, me hacia estremecer interiormente; su voz que habia encontrado áspera, tenia á la sazón toda la suavidad de una melodía santa; cuando decia ella con cierta mal disimulada emoción, cualquier palabra insignificante en apariencia, suspendía yo la respiración esperando otra, como si mi vida dependiese de aquella palabra, y como si la vibración de aquella voz hubiese suspendido por mí la del universo.



Salí al campo para encontrarme solo y rehacerme si era tiempo todavía. Se me hizo imposible interrogarme. La parte serena de mi alma respondía anticipadamente á todas las preguntas de la parte inquieta, y sobre todo, alguna cosa superior á mí, habia penetrado en mi interior, y se estaba riendo tranquilamente de mí, de todo lo que pretendia ser mi viejo yo. Esto, por sí solo, me asombraba; no me preguntaba si amaba, porque estaba ya demasiado seguro de ello; preguntábame sí, qué venia á ser aquel poder mágico del amor, bajo el cual me sentia dominado y vencido.

Era aquella la primera vez que yo amaba, por más que fuese en realidad el segundo amor de mi vida. Habia yo estado enamorado de mi mujer, hasta la embriaguez, al principio de nuestra desdichada union; pero era aquella embriaguez, empañada de que ya os he hablado muchas veces, aquella plenitud del instinto en el cual la juventud no alcanza á distinguir el placer de la dicha. Más depurado á la sazón, experimentaba entonces la dicha sin acordarme del placer; mi enagenamiento no podia traducirse por ninguna aspiracion violenta; habia yo mejorado con los años, y no me acordaba de mí; estaba yo entregado por entero á la ternura, al reconocimiento, al deseo de consolar y rejuvenecer aquella alma desolada y marchita que habia querido renacer para entregárseme.

Explicábase perfectamente la santidad de un sentimiento que acogia por completo, con lo que desaparecia toda excitacion. ¿Por qué me habia de mentir á mi mismo, por qué habia de mentir á los demás?

Resolví, pues, decirles la verdad, así á Felicia como á su hermano.

## XVI

**P**ERO cuando me dirigia yo de nuevo á la casa, advertí que Tonino me venia observando, escondido á la sombra de un zarzal á corta distancia del lugar donde me habia sentado. Detúveme pensativo, y el recuerdo de la escena que habia sorprendido en la cueva del *Bolo*, seis meses hacia, renació en mi alma con una claridad inexplicable. Volví á ver al joven llevando á sus labios los trenzados cabellos de Felicia, vi tambien la incomprendible mirada de Felicia, mezcla de cólera y ternura, que me habia parecido harto sospechosa, y de la cual, á pesar de sus plausibles explicaciones, conservaba inborrable la impresion un tanto dolorosa.

¿Estaria Tonino, sin saberlo, enamorado de su prima? ¿Estaria celoso de mí? ¿Iba yo á hacer desgraciado á este muchacho, que tenia muchos más derechos que yo al afecto de Felicia? ¡Hacer yo la desgracia de álguien!

Caminaba yo sobre estos pensamientos como sobre una serpiente, es decir, que retrocedia horrorizado, siéndome imposible adelantar un paso.